

# *El juego de la estrategia en la conquista de México*

JUAN BATISTA GONZÁLEZ  
*Instituto Español de Estudios Estratégicos  
(CESEDEN)*

La empresa conquistadora de Hernán Cortés fue, hasta la caída de Tenochtitlan, un hecho fundamentalmente bélico, cuya atención, desde un punto de vista técnico, aún no ha sido acometida. El pasado europeo del personaje, su tiempo indiano de conocimiento del medio, el mismo carácter del marqués del Valle, están presentes a lo largo de la fase épica de su aventura americana. El estudio de los aspectos castrenses que la componen contribuye a vertebrar el conjunto de datos sobre ella existente, y ayuda, desde luego, a su cabal comprensión, que abarca a los modos de actuar de cuantos en aquélla se vieron implicados. Hubo en el México del tránsito cortesiano dos estrategias frente a frente: una de ellas respaldaba al continuismo político; la otra, a la revolución. Del choque de ambas surgió, de acuerdo con el juicio científicamente apasionado de Carlos Pereyra —«la Independencia nació con la Conquista»<sup>1</sup>—, el primer estado moderno del continente americano.

---

<sup>1</sup> Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, Editorial Porrúa, S. A., México, 1976, página 192.

## 1. EL DISEÑO DE UN EJE ESTRATÉGICO

### 1.1. *Un reto entre dos debilidades*

La gran decisión de Hernán Cortés, y por lo tanto la definición de su estrategia operativa, se hizo pública tras el avecindamiento de su compañía en Veracruz. Esta «continentalización» de una campaña tangencial, que estaba sujeta hasta entonces a la autoridad de Diego Velázquez, pasaba forzosamente por una operación de desvinculamiento que era preciso revestir de legalidad a fin de lograr la cooperación de los ortodoxos y de los menos esforzados.

Leguas atrás, en Tabasco, tras la batalla «a lo Garellano» planteada y ganada por Cortés, éste había ya esbozado cuál era su intención definitiva, confirmando las proclamas sobre conquista y poblamiento efectuadas durante su periplo cubano, cuando reclutaba hombres para su empresa y esquivaba los negativos requerimientos del gobernador. La mayor parte de su tropa quería llegar al desenlace de Veracruz, para desde allí lanzarse a la explotación de iniciales y periféricas victorias.

Así pues, nombrados Montejo y Puertocarrero alcaldes de la ciudad recién fundada y constituido el cabildo de la misma, tras un protocolo fundacional típicamente castellano, quedó Cortés, por decisión de sus propios soldados —lo testifica Bernal Díaz, que fue uno de ellos—, reconocido como capitán general de la campaña conquistadora, que a partir del 26 de julio de 1519 —fecha en que Puertocarrero y Montejo, designados procuradores, partieron hacia España en demanda del favor real para la iniciativa cortesiana— quedaba plenamente definida como aventura sin retorno, formalizada por la determinación, comúnmente adoptada —lo asegura Bernal Díaz—, «de dar con todos los navíos al través»<sup>2</sup>. Con ella quedaban conjuradas las intrigas de filiación velazquista que habían aflorado en el seno de la hueste española, la cual, para sobrevivir, no tenía a partir de entonces más camino que el de la audacia. En su segunda Carta de Relación explicó Cortés al emperador la situación precedente a tal decisión, y la que de ésta se deducía: «... y

---

<sup>2</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Editorial Historia-16, Madrid, 1984, colección «Crónicas de América», tomo A, p. 215.

porque además de los que, por ser amigos y criados de Diego Velázquez, tenían voluntad de salir de la tierra, había otros que por verla tan grande y de tanta gente, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito; creyendo que, si allí los navíos dejase, se me alzarían con ellos, y yéndose todos los que de esta voluntad estaban yo quedaría casi solo, tuve manera cómo, so color que los dichos navíos no estaban para navegar, los eché a la costa; por donde todos perdieron las esperanzas de salir de la tierra, y yo hice mi camino más seguro; y sin sospecha que, vueltas las espaldas, no había de faltarme la gente que yo en la villa había de dejar»<sup>3</sup>.

El factor humano y el factor ambiente son, en la transcrita reflexión, perfectamente analizados por el conquistador, que es plenamente consciente de su debilidad. En efecto, como ha escrito Mario Hernández Sánchez-Barba, «en aquellos momentos, la situación del puñado de españoles no podía ser más precaria: en una playa tórrida, al pie de una cordillera que elevaba sus cumbres hasta una altura de más de dos mil quinientos metros, desconociendo totalmente el país, y frente a una civilización cuya pujanza acababa de revelarse como inmensa; para terminar de componer tan sombrío cuadro se carecía de base de apoyo, pues desde Cuba, más que esperar, debían temer la acción vindicativa de Velázquez...»<sup>4</sup>.

Más, en el opuesto frente, la posición del tlacatecuhtli azteca ¿era de auténtica fortaleza? Tenochtitlán, su residencia, era una ciudad que propendía a la defensiva estática: rodeada por el foso de la laguna, edificada sobre un peñón y unida a tierra firme por calzadas cuya interrupción estaba prevista, todo en ella hacía frente a un hipotético asedio. El militarismo religioso como solución a un déficit de terreno cultivable era lo que había convertido a la comunidad mexicana en una potencia expansiva. Mas su situación con respecto a las poblaciones de su entorno tan sólo se basaba en la hegemonía o predominio: «El Estado "imperial" azteca, si bien es dominador, no es esencialmente administrador. En su mecánica predomina más la tributación de productos y hombres que la unificación administrati-

---

<sup>3</sup> Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, Editorial Sarpe, «Biblioteca de la Historia», Madrid, 1985, p. 41.

<sup>4</sup> Mario Hernández Sánchez-Barba, *Historia de América*, Editorial Alhambra, Madrid, 1980, tomo II, p. 66.

va»<sup>5</sup>. La imposición brutal de su dios bélico —Huitzilopochtli— a sus vecinos obligaba a éstos a aceptar una opresión que, como tal, era por ellos indeseada. Más que en ningún otro espacio ultramarino se daba en el mesoamericano la circunstancia observada por Konetzke: «La guerra constituía la ocupación fundamental de muchas tribus aborígenes, y los conflictos se dirimían de la manera más cruel (...). Los grandes imperios de la América primitiva se fundaron a partir de conquistas guerreras y mantuvieron su cohesión por medio del poder brutal»<sup>6</sup>. En el azteca no había tal cohesión, pese a la aplicación para obtenerla de un poder de tan negativas características.

La realidad ambiental mesoamericana ocultaba pues, bajo una aparente calma, una intensa tempestad. Expresada ésta con la actual terminología revolucionaria, podría decirse que «existía una agudización por encima de lo normal, del sufrimiento y necesidades de las clases oprimidas»<sup>7</sup>, sujetas al yugo de la élite militar azteca. La significación sagrada que dieron los indios a la aparición de Cortés en su territorio les indujo a creer en la inevitabilidad del cambio político. Como el conquistador español, haciendo gala de un fino instinto estratégico, supo impulsar hacia la acción insurreccional el generalizado descontento, la situación revolucionaria quedó netamente definida en el ámbito mexicano: Montezuma (permítaseme aplicar al caudillo de los aztecas el nombre castellanizado que Bernal Díaz utilizara) hubo de ponerse al frente de la reacción; Cortés, por su parte, capitaneó la revolución. La debilidad de éste era fundamentalmente cuantitativa, mientras que la de aquél era cualitativa, provocada sobre todo por una ética y una espiritualidad que quedarían por debajo de las que conformaban la conducta de los españoles.

## 1.2. *El forcejeo entre estrategias semejantes*

En el tiempo histórico en que se produjo la llegada de Cortés al escenario mexicano, éste se veía torturado por armadas

<sup>5</sup> Mario Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, tomo I, p. 97.

<sup>6</sup> Richard Konetzke, *Historia de América Latina*, Editorial Siglo XXI, Madrid, 1976, tomo II, p. 4.

<sup>7</sup> Juan Bautista, *La antítesis de la paz*, Editorial San Martín, Madrid, 1981, p. 195.

desavenencias de significación y efectos políticos: sublevación de los meridionales mixtecas cuya reducción abrió a los mexicas el camino hacia la dominación de los espacios guatemaltecos; guerra contra Tlaxcala, que siguió manteniendo su independencia frente al poder azteca, pese a estar por él «embolsada» y privada de «algunos elementos fundamentales para la vida indígena, como eran el algodón, el cacao y la sal»<sup>8</sup>; extinción, por último, de la alianza con Texcoco, lo que introducía un factor de tensión en el ámbito lacustre sobre el que Tenochtitlan ejercía su señorío.

De estas confrontaciones recibió noticia Cortés, a través de sus eficaces intérpretes Jerónimo de Aguilar y doña Marina. A ellas se unieron las quejas contra los mexicas de los pacíficos cempoalenses. Todas estas referencias le permitieron hacerse una idea del clima social imperante, y orientaron acertadamente su primera actitud estratégica: liberó a los pueblos, que bajo protección española se pusieron, del tributo que les exigían los aztecas, no perdiendo la ocasión de despedir con enérgica cortesía a los recaudadores que por aquellos contornos merodeaban. Amplió así, desde Veracruz, la extensión del territorio emancipado del dominio tenochca, lo que causó desconocida inquietud en la capital de la laguna.

Escogió Cortés el modelo estratégico que más le convenía: el de «presión indirecta» o subversión, que en opinión de Miguel Alonso Baquer, emplea una potencia cuando «no dispone (o no está en condiciones de emplearlos) de medios potentes; carece de libertad de acción para la fuerza, pero puede estimular conflictos que, a largo plazo, resulten insoportables para el sistema político así agredido»<sup>9</sup>. Ese era, evidentemente, el caso de la hueste española: tenía sobre el potencial enemigo las ventajas corolarias de una técnica avanzada (espadas de acero, armas de fuego, utilización de animales en la guerra) y de unos procedimientos tácticos depurados. Mas su número era exiguo para afrontar francamente la conquista de lo que se mostraba como un estado poseedor de una consolidada organización.

Esta parquedad de efectivos humanos constituyó una obsesión para el caudillo español, transmitida a sus soldados: todos

<sup>8</sup> Mario Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, tomo I, p. 87.

<sup>9</sup> Miguel Alonso Baquer, *Lecciones de historia militar*, Escuela de Estado Mayor, Madrid, 1980, p. 113.

sabían que por debajo de determinado nivel numérico, la empresa sería imposible. A lo largo de toda la campaña se demostró que la fidelidad de los indios comprometidos en el pacto con Cortés no superó ciertas pruebas, alguna de ellas sobrevenida en las mismas vísperas de la definitiva caída de Tenochtitlan. Con gran sentido estratégico, en el que sin duda influyeron los consejos de las «lenguas» Jerónimo de Aguilar y doña Marina, buenos conocedores del factor humano indígena, Cortés rechazó el apoyo armado de las poblaciones que se le aliaron, aceptando sólo ayudas de orden logístico: subsistencias, y porteadores que aliviaron a los españoles combatientes —a quienes se les habían incorporado constituyendo valioso refuerzo las tripulaciones de los inutilizados barcos— de los esfuerzos que exigían el arrastre de las piezas de artillería y el transporte de los bastimentos.

No se comportó Hernán Cortés quijotesicamente, ni tampoco llevó a cabo la cruel conquista que algunos, aviesamente, definen y condenan. Tenía demasiado sentido práctico para lo primero, y carecía de maldad y medios para lo segundo. Compaginó el viejo estilo democrático castellano, su formación jurídica salmantina y su innata capacidad directora, para, dentro de un esquema dominado por la lógica, diseñar el orden estratégico adecuado. Mandó «muy de hecho»<sup>10</sup>, como afirma Bernal Díaz, quien añade sin ocultar el entusiasmo que le inspira su capitán: «Todos pusiéramos la vida por Cortés»<sup>11</sup>.

Ante los indios siempre prefirió —ayudado por sus eficaces intérpretes— la negociación conducente a la transferencia de soberanía —figura jurídica en la que años más tarde fijará su atención, positivamente, Francisco de Vitoria—. Cuando hubo que hacer ostentación de fuerza, porque era conocedor de su cuantitativa debilidad, recurrió al alarde o a la treta (como cuando indujo a creer a los caciques de Tabasco que el ansioso relincho de un caballo en celo era grito de furia contra ellos), batallando tan sólo si el enfrentamiento resultaba inevitable. En este último caso, tras la dolorosa experiencia bélica que precedió a la sumisión de Tlaxcala (la lucha contra los tlaxcaltecas produjo una transitoria desmoralización entre los españoles, que

<sup>10</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo A, p. 128.

<sup>11</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo A, p. 125.

empezaron a contar irrellenables huecos en sus filas), se dio cuenta de que ante la inminencia de un choque, la conservación de la iniciativa sería su mejor recurso operativo. La llamada «matanza de Cholulla» fue la consecuencia insoslayablemente cruenta de esta acertada apreciación. El castigo que cayó sobre la ciudad santa de la confederación mexicana «aumentó —según observación de Carlos Pereyra— el prestigio de los teúles castellanos. Desde ese día, el Anahuac, vencido por el espanto, quedó a las plantas del conquistador»<sup>12</sup>.

En el desastre cholulteca culminó la «presión indirecta» o «estrategia de la subversión»<sup>13</sup> cortesiana: hasta aquel momento, el grupo de españoles ha sido más una partida guerrillera que una unidad militar. Ha logrado materializar una retaguardia mediante la implantación de una «zona liberada», en la que se han revuelto las estructuras políticas tradicionales; sus procedimientos tácticos resueltos en la violenta y sorpresiva aplicación de la fuerza son típicos del combate irregular; funciona perfectamente el servicio de información basado en las «velas, rondas, espías y corredores de campo», a los que reiteradamente se refiere Bernal Díaz, y en los hábiles interrogatorios llevados a cabo por los eficaces intérpretes; la magnanimidad con el vencido es; por último, arma moral de excelentes resultados, que cubre las espaldas de la hueste audaz, la cual, olvidando poco a poco iniciales cautelas, se lanza, hacia Tenochtitlan en política explotación de los éxitos alcanzados.

Curiosamente, Montezuma trató de comportarse «subversivamente» frente a Cortés, tratando de prolongar en aquella coyuntura la práctica de los señores aztecas, según la cual buena parte de su hegemonía sobre los pueblos del Anahuac se basaba en el fomento de las rivalidades entre ellos. El tlacatecuhtli, no obstante, en esta ocasión estuvo dominado por una duda inicial —la divinidad o no divinidad de los blancos recién llegados— que le hizo perder la iniciativa. De manera que Cortés pudo contar en los comienzos de su aventura con «la inseguridad y división reinantes en el país que se intentaba vencer y someter», según señala Paul Herrmann<sup>14</sup>, promoviendo alianzas

<sup>12</sup> Carlos Pereyra, *op. cit.*, p. 87.

<sup>13</sup> Miguel Alonso Baquer, *op. cit.*, p. 113.

<sup>14</sup> Paul Herrmann, *Historia de los descubrimientos geográficos*, Editorial Labor, S. A., Barcelona, 1967, tomo 2, p. 177.

y paces entre los indígenas liberados del poder mexica, como recuerda Bernal Díaz aludiendo a la concordia más difícil de establecer en el mundo mesoamericano: «Y demás de esto, Cortés los hizo amigos (a los de Tlaxcala) con los de Cholula, que a lo que después ví e entendí, jamás quebraron las amistades»<sup>15</sup>. La pérdida de tiempo de Montezuma se transformó en pérdida de espacio decisiva para el resultado final de la guerra, una vez que ésta quedó formalizada.

### 1.3. *La ruta hacia la pérdida de la iniciativa*

Tras el triunfo sobre los cholultecas, llegó ante los españoles la definitiva embajada del jefe mexica, que les invitaba a visitar Tenochtitlan. Las anteriores vacilaciones del tacatecuhtli quedaban anuladas por esta última decisión. Y aquellas prudentes palabras de Cortés —«Mirad compañeros, que somos pocos...»<sup>16</sup>— antes de establecer contacto con los tlaxcaltecas dieron paso a un irreprimible optimismo compartido por todos los componentes de la hueste hispana. El explica, en cierto modo, el esfuerzo gratuito de Diego de Ordás, ascendiendo al cráter del Popocatepelt entre el asombro de un grupo de indios acompañantes que no se atrevieron a culminar aquella primera gesta vertical americana.

Sin duda, estas humanísimas manifestaciones de carencia de cautela eran las que quería fomentar Montezuma entre los españoles: invitándoles a un avance rápido sobre la capital azteca, les obligaba a no consolidar posición alguna más allá de Cholula. Trataron sus aliados indígenas de disuadir al capitán general, quien sabedor del riesgo que asumía, pese a lanzarse a una marcha aparentemente temeraria, aceptó algunos de los consejos que aquéllos le dieron para culminarla felizmente. Escribirá a Carlos I que los embajadores de Montezuma «me querían encaminar por cierto camino donde ellos debían tener algún concierto para nos ofender, según después pareció, porque lo vieron muchos españoles que yo enviaba después por la tierra. E había en aquel camino tantas puentes e pasos malos, que

<sup>15</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo A, p. 294.

<sup>16</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo A, p. 172.

yendo por él, muy a su salvo pudieran ejecutar su propósito. Mas como Dios haya tenido siempre cuidado de encaminar las reales cosas de vuestra sacra majestad desde su niñez e como yo y los de mi compañía íbamos en su real servicio, nos mostró otro camino, aunque algo agro, no tan peligroso como aquel por donde nos querían llevar»<sup>17</sup>. Bernal Díaz, por su parte, sin criticar la decisión cortesiana de progresar hasta México, con la que estuvo de acuerdo<sup>18</sup>, nos transcribe las recomendaciones que a Cortés hicieron los tlaxcaltecas, inveterados enemigos de los mexicas: «que mirase lo que hacía, e se guardase de entrar en tan grande ciudad, donde había tantas fuerzas y tanta multitud de guerreros; porque un día u otro nos darían guerra, e temían que no podríamos salir con las vidas; e por la buena voluntad que no tienen, que ellos quieren enviar diez mil hombres con capitanes esforzados, que vayan con nosotros con bastimentos para el camino»<sup>19</sup>.

Los hombres de Tlaxcala sabían que la resolución de la situación que en la liga mexica había creado la aparición de los españoles, pasaba forzosamente por la guerra total. Aunque carecemos de documentos que reflejen sospechas cortesianas coincidentes con los augurios tlaxcaltecas (las «Cartas» de Cortés no hacen, al referir la determinación de marchar sobre Tenochtitlan, alusión a tales hipótesis, ni tampoco a la «Verdadera Historia» de Bernal Díaz, en la que éste se limita a exponer, como hemos visto, los temores de los indios sometidos), hay que suponer que a la despierta mente del conquistador no se le escapaba contar con la posibilidad del conflicto absoluto.

Soy del parecer de que ésta fue plenamente aceptada por Cortés; mas también opino que trató —y logró, de forma dramática, por cierto— de aplazarla, para que se produjera dentro de un marco legal que justificase la guerra por parte española. Tal justificación quedó definida a partir de la transferencia de soberanía que hizo Montezuma en favor del rey de España. (Así, cuando Cortés materializa el cerco de México, no está conquistando la ciudad, sino «reconquistándola».)

El tránsito de la estrategia operativa hasta entonces desarrollada por el genio cortesiano hacia la estrategia política que

<sup>17</sup> Hernán Cortés, *op. cit.*, p. 53.

<sup>18</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo A, p. 277.

<sup>19</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo A, p. 302.

desembocase en el otorgamiento de Montezuma como súbdito de Carlos I, había de hacerse a través de la asunción de un alto grado de riesgo, en el que necesariamente iba a quedar comprometido el ejercicio de la iniciativa que tan excelentes resultados había dado hasta entonces a los españoles. Recordando aquella aceptación del peligro inmediato, escribirá Bernal Díaz: «¿Qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?»<sup>20</sup>.

Quijotesca parece en el relato de este último la renuncia por parte de Cortés a la ayuda militar de los tlaxcaltecas: «... les agradeció mucho su buena voluntad, y les dijo que no era justo entrar en México con tanta copia de guerreros, especialmente siendo tan contrarios los unos a los otros; que solamente había menester mil hombres para llevar los tepuzques e fardajes e para adobar algunos caminos»<sup>21</sup>. Bernal Díaz es un relator lineal, que no explica esta determinación de su capitán. Mas, dándose la circunstancia de que en no pocas ocasiones hace crítica de algunas de las decisiones de éste, llama la atención el hecho de que al recordar tal momento, no lo relacione con ulteriores penalidades, y no haga censura de aquélla. Lo que quiere decir que hubo acuerdo en la hueste hispana en ejercer a partir de Cholula una función diplomática, mediante la cual, de forma pacífica, se implantase el poder español sobre los pueblos del Anahuac.

Sin bajar la guardia —segúan las «velas» y los «corredores» y «los «espías»—, Cortés se proyecta en rápido avance hacia Tenochtitlan. Hasta Cholula ha definido un eje estratégico que se origina en la segura posición de Veracruz. El último tramo de dicho eje (ver figura 1) fue recorrido con premura, y dado que por la ruta más practicable estaba preparada una celada contra los españoles, hubieron éstos de escoger el camino más agreste, que les apartaba de Chalco, la población en la que lógicamente debía terminar la marcha iniciada en la costa cempoalense.

A través del apéndice sur del ámbito acuático mexicano, Cortés y sus hombres alcanzan Iztapalapan, poblado del que arran-

<sup>20</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo A, p. 313.

<sup>21</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo A, p. 302. Los indios, aclara Bernal, llamaban «tepusque» a los tiros de artillería que llevaban los españoles.

ca una de las calzadas que conducen a Tenochtitlan. Recuerda Bernal Díaz: «... nosotros aún no llegábamos a cuatrocientos cincuenta soldados, y teníamos muy bien en la memoria las pláticas e avisos que nos dieron los de Guaxocingo e Tlaxcala y Tamanalco, y con otros muchos consejos que nos habían dado para que nos guardásemos de entrar en México, que nos habían de matar cuando dentro nos tuviesen»<sup>22</sup>.

Si tales pensamientos ocupaban la mente de aquel modesto soldado, está claro que también el máximo responsable de la empresa, en ese histórico 8 de noviembre de 1519, fecha de su entrada en la capital mexicana, pensaba en el peligro que a partir de entonces se cernía sobre él y sus seguidores. Tales meditaciones son imaginadas por Paul Herrmann, creo que con bastante exactitud: «Cortés ha adivinado lo que proyecta Moctezuma: quiere atraer a los extranjeros a su capital, presentárselos al principio amistosa y pacíficamente y después atacarlos por sorpresa (...). Cortés sabe también que en una ciudad lacustre aquello puede ser peligrosísimo y crear una situación crítica, y que acomete una empresa temeraria al entrar siguiendo por los diques en la capital azteca. Pero la retirada no es ya posible (...). Si se volviese, no duraría ni una jornada. Había una sola posibilidad, una sola consigna: ¡adelante!»<sup>23</sup>.

Tanto desde el punto de vista operativo como desde el político —es decir, hay conjugación de estrategias— era conveniente aceptar el reto. Por eso, cuando aparece físicamente en escena el tlacatecuhtli Montezuma, se puede dar por terminada la presentación de los personajes de un drama cuyos protagonistas principales, a partir de entonces, van a verse envueltos por unos acontecimientos normalmente imprevisibles. Del modo de afrontarlos dependerá el desenlace, y éste será favorable a Cortés, más preparado intelectualmente que sus oponentes. Dice Carlos Pereyra, en su análisis de aquel momento histórico, que irremediamente «Europa tenía que adueñarse de América»<sup>24</sup>, y que Cortés fue un instrumento, de excelente calidad moral por cierto —«desde Prescott y Helps, norteamericano el uno, inglés el otro, ha venido manifestándose la reacción contra los

---

<sup>22</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo A, pp. 312-313.

<sup>23</sup> Paul Herrmann, *op. cit.*, tomo 2, p. 184.

<sup>24</sup> Carlos Pereyra, *op. cit.*, p. 186.

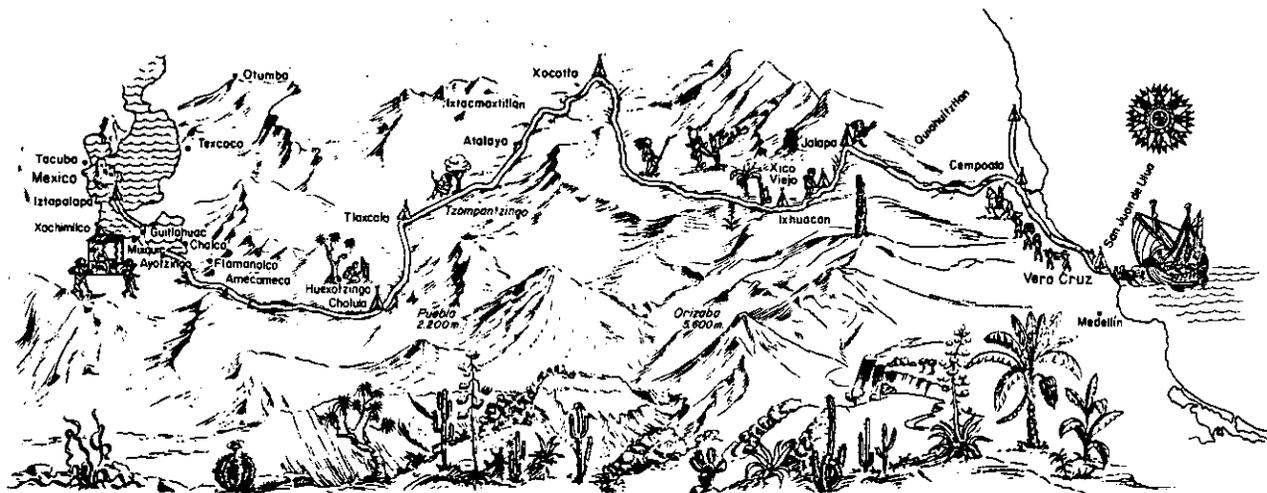


FIG. 1.—Ruta de Hernán Cortés en México en su viaje de Vera Cruz a la ciudad de México (Isla).—Mapa reconstruido sobre el inserto en la edición inglesa de la obra de Bernal Díaz del Castillo, La verdadera historia de la conquista de Nueva España, traducida por Maudslay.

que veían en Cortés un monstruo de crueldad»<sup>25</sup>— de ese designio inexorable.

## 2. LA INVERSIÓN DE LA CAPACIDAD OFENSIVA

### 2.1. *Defensiva dual en Tenochtitlan*

Las más directas descripciones de la personalidad de Montezuma proceden de las plumas de Cortés y Bernal Díaz, quienes dentro de una gran concordancia narrativa aluden a los zigzagueos de la conducta del tlacatecuhtli. De ésta, pocas referencias hay anteriores a los hechos que comenzaron en Veracruz. Para desempeñar ese máximo cargo militar fue elegido Montezuma «entre dieciséis candidatos», según observa Mario Hernández Sánchez-Barba, quien añade que «las razones de la elección de Montezuma para la suprema magistratura debieron radicar en dos circunstancias: sus grandes hazañas militares, que le habían convertido en uno de los más grandes guerreros de la época de las grandes conquistas de su tío Ahuitzotl, y en segundo lugar, su acendrado espíritu religioso, que ya le había elevado a la categoría de Sumo Sacerdote»<sup>26</sup>. De estas reseñas se colige que Montezuma poseía un carácter equilibrado y, dentro del mundo en que vivía, un buen equipamiento intelectual.

Teniendo en cuenta tales referencias, resultan chocantes las continuas vacilaciones del caudillo azteca a partir del momento en que desembarca Cortés en tierra mexicana, de las que han dado cuenta, unánimemente, cronistas e historiadores. Pero no hubo en realidad inflexión alguna en el modo de conducirse por parte de Montezuma. Este, como todos los ilustrados de su reino, era un estudioso de los signos celestiales y un conocedor profundo y respetuoso de las tradiciones mexicanas. Y quiso la casualidad que los españoles arribasen a aquellas costas en un día muy señalado por los oráculos ultramarinos: el establecido por el dios blanco, Quetzalcoatl, para regresar y posesionarse de sus dominios. Inopinadamente, Cortés y sus soldados se vieron protegidos por la expectación religiosa que su llegada provocó.

A partir de ella, Montezuma trató de maniobrar contra la

<sup>25</sup> Carlos Pereyra, *op. cit.*, p. 186.

<sup>26</sup> Mario Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, tomo I, p. 95.

presunta embajada divina, y aunque fracasó en su empeño por impedir que ésta alcanzase Tenochtitlan, hay que reconocer que obró inteligentemente: en el orden político, sus negativas a recibir a Cortés siempre fueron melifluas, orientadas a la blanda disuasión en pos de un aplazamiento de los designios de la historia sagrada azteca; en el orden estratégico, intentó prolongar su influencia sobre los sojuzgados, mediante la presión intimidatoria (como ocurrió en Cempoal, por medio de los recaudadores) y la actividad propagandística que probablemente animó a chontales y a otomíes, según expone Bernal Díaz, a iniciar el conflicto de Tlaxcala<sup>77</sup>. En favorecer la división para seguir manteniéndose sobre ella, Montezuma se esforzó, realizando una prueba contra los españoles cuando llegó la expedición de Narváez; en el orden operativo, sin atreverse francamente a presentar batalla decisiva, «dejó hacer» a sus generales adoradores de Huitzilopochtli, enemigo de Quetzalcoatl, procurando quedarse fuera de las decisiones adoptadas por éstos. Con tales actitudes, ejercidas a través de terceros, cuya participación en ellas era siempre solemnemente negada por el tlacatecuhtli, se dinamizaba la hostilidad de éste hacia los conquistadores sin que esa conducta se pudiese probar fehacientemente.

Cortés y sus capitanes, y la hueste toda, según se deduce de la crónica de Bernal Díaz, tenían pleno conocimiento de que las estratagemas y obstáculos que hubieron de sortear a lo largo de su progresión hacia la capital lacustre estaban urdidos por el soberano de ésta. Pese a tal certeza, que evidentemente podría excitar rencores, ocurrió que Montezuma, cuando estableció contacto personal con los españoles, se ganó el admirativo afecto de éstos (coinciden en tal estimación Cortés y Bernal Díaz), lo que es índice de gran capacidad para las relaciones humanas, propia de espíritus cultivados.

Así era el temido señor de los mexicas. Sin duda, por encima de todas las características de su personalidad se situaba el respeto a las tradiciones de su estirpe. De modo que cuando los españoles entraron en Tenochtitlan, Montezuma decretó una tregua en la confrontación de las estrategias: «Muchos días ha que por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticias que ni yo ni todos los que en esta tierra habitamos no

---

<sup>77</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo A, p. 255.

somos naturales della, sino extranjeros y venidos a ella de partes muy extrañas; e tenemos asimismo que a estas partes trajo nuestra generación un señor, cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió a su naturaleza y después tornó a venir dende mucho tiempo; y tanto, que ya estaban cansados los que habían quedado con las mujeres naturales de la tierra, y tenían mucha generación y fechos pueblos donde vivían; e queriéndolos llevar consigo, no quisieron ir, ni menos recibirle por señor; y así se volvió. E siempre hemos tenido que los que dél descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros, como a sus vasallos. E según de la parte que vos decís que venís, que es a do sale el sol, y las cosas que decís deste gran señor o rey que acá os envió, creemos y tenemos por cierto el ser nuestro señor natural»<sup>28</sup>.

Por su parte, Cortés, en el momento en que con su compañía cruzó la laguna para aposentarse en Tenochtitlan, sin proclamarlo, y tal vez sin proponérselo, renunciaba a la estrategia operativa que le había conducido a su objetivo jurídico. La zona liberada de la que precariamente disponía, estaba respaldada por las formalidades legales castellanas, que precisaba imponer sobre el centro decisorio de la organización política en la que había irrumpido. Tal era, para el Cortés-jurista, necesaria condición que podría justificar una eventual guerra de conquista.

Con la hispana presencia en México, las debilidades complementarias de Montezuma y Cortés se acentúan: sabe el primero, pues conoce la historia de su pueblo, que el tlacatecuhtli Tizoc murió envenenado, como consecuencia del descontento que en aquél generó su sistema de gobierno<sup>29</sup>; y se da cuenta también de que sus súbditos aceptan de mal grado la situación que acaba de crearse. Puede su autoridad verse discutida, y en tal caso, cualquier desenlace es posible. También la situación de Cortés y sus hombres es comprometida: perciben el ambiente hostil que les rodea, el cual es tan evidente, que «Cortés nos mandó que al presente que no fuésemos muy lejos de los aposentos, hasta entender lo que más conviniese»<sup>30</sup>. Aparentemente, los españoles están señoreando Tenochtitlan desde el palacio en que Montezuma les ha instalado. En realidad, son prisione-

<sup>28</sup> Hernán Cortés, *op. cit.*, p. 57.

<sup>29</sup> Mario Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, tomo I, p. 94.

<sup>30</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo A, p. 318.

ros de su propia audacia: carentes de espacios libres por los que maniobrar, la reducida hueste está aislada en el peñón, rodeada por el foso de la laguna y por la intranquilizadora expectación ciudadana.

Por otro lado, el avecindamiento de los españoles en Tenochtitlan pone de manifiesto, a medida que pasa el tiempo, la humana condición de éstos. Se lo hará saber, maliciosamente, Montezuma a Cortés: «Malinche, bien sé que te han dicho esos de Tlascala, con quien tanta amistad habeis tomado, que yo: que soy como dios o teule, que cuanto hay en mis casas es todo oro e plata y piedras ricas; bien tengo conocido que como sois entendidos, y que no lo creáis y lo tenáis por burla, lo que ahora, señor Malinche, veis: mi cuerpo de hueso y carne como los vuestros, mis casas y palacios de piedra y madera y cal; de ser yo gran rey, sí soy, y tener riquezas de mis antecesores, sí tengo; mas no las locuras y mentiras que de mí os han dicho; así que también lo tendréis por burla, como yo tengo lo de vuestros truenos y relámpagos»<sup>31</sup>.

Los acontecimientos precipitarán el plan de Cortés y sus capitanes, de apoderarse del soberano azteca. Dudaron mucho hasta dar aquel paso, a todas luces temerario. Y, sorprendentemente, cuando se enfrentaron a Montezuma y le prendieron, obligándolo a residir en los aposentos que habitaban los españoles, éste fue allí de buen grado, y confiadamente se sometió a su custodia: la guardia castellana, en aquella incierta situación, proporcionábale mayor seguridad que la suya propia. Con respecto a esta convivencia, dice Cortés al emperador: «E fue tanto el buen tratamiento que yo le hice (a Montezuma) y el contentamiento que de mí tenía, que algunas veces y muchas, le acometí con su libertad, rogándole que fuese a su casa, y me dijo, todas las veces que se lo decía, que él estaba bien allí y que no quería irse, porque allí no le faltaba cosa que lo que él quería, como si en su casa estuviese»<sup>32</sup>; coincide Bernal Díaz con su capitán, al referirse a la conducta observada por el tlacatecuhtli durante el tiempo que compartió con los españoles el techo bajo el que éstos vivían. Y añade Cortés a lo ya expresado, que temía Montezuma «que yéndose y habiendo lugar que los señores de

---

<sup>31</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo A, p. 320.

<sup>32</sup> Hernán Cortés, *op. cit.*, p. 60.

la tierra, sus vasallos, le importunasen o le induciesen a que hiciese alguna cosa contra su voluntad que fuese fuera del servicio de vuestra alteza, y que él tenía propuesto de servir a vuestra majestad en todo lo a él posible, y que hasta tanto que los tuviese informados de lo que quería hacer, y que él estaba bien allí»<sup>33</sup>. Hasta que Cortés pudiera escribir este párrafo, importantes novedades se habían producido en el escenario novoespañol. Montezuma, declinada su autoridad, estaba anímicamente próximo a la pública y formal cesión de sus poderes en favor del rey de España. Se acercaba el triunfo jurídico de Cortés, pero tal victoria estaba gravísimamente amenazada por el cerco ambiental al que los dos caudillos se veían sometidos. Primero, fue un cerco psicológico. Producida la renuncia de Montezuma, tenía que estallar la insurrección.

Los dos protagonistas del drama temían este desenlace. Trataron de evitarlo, o retrasarlo, ejerciendo una «defensiva en dúo» mientras se esforzaban por mejorar sus respectivas situaciones: la decadente majestad de Montezuma intentó extenderse, protectora, sobre la hueste española, en tanto que el cada vez más discutido prestigio de Cortés servía de precario puntal a la autoridad de su anfitrión. El desenlace, inexorablemente, llegó, sacudiendo violentamente a los personajes.

## 2.2. *Maniobras por líneas interiores*

Durante los ocho meses que duró la estancia de la compañía cortesiana en Tenochtitlan, con control remoto se produjeron hechos bélicos cuya bien propuesta finalidad fue cortar el apoyo costero de los españoles. Veracruz era el punto más fuerte del bípode en que se sustentaba la irrupción hispana. El otro punto, estratégicamente débil, era la capital de los aztecas. Entre ambos se extendía la «zona liberada», tan amplia como precariamente dominada por Cortés.

Desde su defensiva personal, intentó Montezuma el aislamiento de los extranjeros en el reducto mexicana, mediante el ataque a Veracruz. No hay que situar a éste dentro de una general ac-

---

<sup>33</sup> Hernán Cortes, *op. cit.*, p. 60.

titud ofensiva: fue simplemente una maniobra por líneas interiores, incompleta y fallida, que amplificó en el orden estratégico el ambiente tenso y pasivo que reinaba en Tenochtitlan. Produjo, empero, un efecto moral importante en los soldados de Cortés. Escribirá Bernal Díaz: «Aqueste fue el primer desbarate que tuvimos en la Nueva España; miren los curiosos lectores la adversa fortuna como viene rodando; ¡quien nos vió entrar en aquella ciudad con tan solemne recibimiento y triunfantes, y nos teníamos en posesión de ricos con lo que Montezuma nos daba cada día, así al capitán como a nosotros (...); y nos tenían por teules, que son ídolos, y que todas las batallas vencíamos; e ahora habernos venido tan grande desmán, que no nos tuviesen en aquella reputación que de antes, sino por hombres que podíamos ser vencidos, y haber sentido cómo se desvergonzaban contra nosotros!»<sup>34</sup>. Sin posibilidad operativa, Cortés hizo frente a la nueva y apurada situación aprehendiendo a Montezuma y castigando seguidamente con la muerte al capitán mexicana que materializó el ataque a Veracruz. Ello abrió un tiempo de hosca expectación, en el cual se restableció la autoridad española en la ciudad costera por medio de Gonzalo de Sandoval, «la segunda figura de la conquista»<sup>35</sup>, en opinión certera de Mario Hernández-Barba, y se produjo la abdicación del tlacatecuhtli, hecho político que dinamizó el cambio de actitud experimentado en la conducta de los mexicanos con respecto a los españoles, el cual, según observa el citado historiador «hay que explicarlo por el choque de un doble modo de entender las cosas y la correspondiente evolución de cada una de las ideologías confrontados entre los grupos humanos. Los mexicanos comenzaron integrando a los españoles dentro de una vieja tradición religiosa; por su parte, éstos solamente se preocupaban de conseguir una soberanía política sobre el territorio (...). La confrontación de ambas ideas y los hechos derivados de ellas —concluye Mario Hernández— son las que producen el cambio de actitud cuyas consecuencias fueron trágicas para los españoles e impusieron un cambio absoluto en la caracterización de la empresa que, desde entonces, y debido a la firme voluntad de Cor-

---

<sup>34</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Tomo A, p. 343.

<sup>35</sup> Mario Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, tomo II, p. 65.

tés de apoderarse de aquel territorio, tomó un marcado matiz militar, de conquista, de campaña de vanguardia»<sup>36</sup>.

En este ambiente electrizante irrumpió de súbito la noticia de la llegada de Pánfilo de Narváez, planteándose entre los españoles un problema de legitimidades que captó plenamente el ágil entendimiento de Montezuma. Intentó éste, una vez más, la práctica de la estrategia subversiva, aunque sin descender del nivel político. La respuesta del caudillo español fue rápida y contundente: como su oponente azteca, empleó la subversión, dividiendo los ánimos de los componentes de la fuerza de Narváez, pero además actuó en el plano operativo, de igual modo que meses antes hizo Montezuma, maniobrando por líneas interiores. Fue la última acción guerrillera de Cortés en México: con un audaz golpe de mano nocturno, desbarató el campamento de aquél, a quien hizo prisionero. Para llevar a cabo esta salida, tuvo Cortés que dividir sus fuerzas, duplicando con ello su numérica debilidad. Quedó en Tenochtitlan Alvarado, quien tenía mucho y bueno de guerrero, pero muy poco de político. Su dinámica reacción ante ciertas actividades mexicas que consideró sospechosas provocó los primeros conatos de generalizado levantamiento.

Retornaba Cortés a «su» Tenochtitlán (recordemos la formal dimisión de Montezuma), victorioso y con su hueste engrosada con las deserciones habidas en la de Narváez, cuando por mensajeros tlaxcaltecas enviados por Alvarado se enteró de los sucesos de México: teniendo por seguro que la fuerza desembarcada derrotaría, dada su superioridad numérica, a la pequeña partida destacada al mando de Cortés, Montezuma y sus capitanes intentaron por su parte abatir al grupo de españoles que en la capital había quedado: «cuando supieron nuestra victoria, dejaron de darles guerra»<sup>37</sup>, aclara Bernal Díaz.

Pero la tregua era efímera. Cortés hizo su segunda entrada en Tenochtitlán al frente de mil trescientos soldados españoles y «dos mil hombres, indios de guerra» proporcionados por Tlaxcala. Consideró que esta tropa, a la que había que añadir la que quedó en la capital azteca, era suficiente para retomar el control de ella. No ocurrió tal. Novelescamente narra Paul Herrmann

---

<sup>36</sup> Mario Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, tomo II, p. 71.

<sup>37</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo A, p. 448.

esta llegada de la reforzada hueste cortesiana a México: «... reina la calma, pero es una calma opresiva, lúgubre, la que suele preceder a la tempestad. Nadie sale al encuentro del victorioso caudillo; las calles están desiertas y en ellas resuenan los pasos de los españoles. Para distraer a su gente, Cortés ordena: «¡Música!»; pero el son agudo de las trompetas parece un grito de muerte, el de las flautas produce un efecto angustioso, el redoble de los grandes tambores europeos queda pronto ahogado por el siniestro fragor de los enormes timbales de piel de serpiente recubiertos de sangre seca, colocados en la cúspide de las pirámides sagradas. Un escalofrío recorre el espinazo de los españoles»<sup>38</sup>.

Era el 24 de junio de 1520. Faltaban seis días para el gran desastre.

### 2.3. *Una retirada con buen final*

La situación defensiva en que cayó Cortés desde el momento en que estableció su real en Tenochtitlán culminó el 30 de junio de 1520, con la desordenada salida de su hueste a través de la laguna, en busca de la tierra firme salvadora. Todos los intentos para aplacar la ira de los mexicas resultaron baldíos. La contraofensiva que sufrieron los españoles y sus aliados respondió al esquema de guerra total, que afortunadamente para ellos no llegó a alcanzar el nivel político, ni siquiera el estratégico. No puede situarse en aquél la muerte de Montezuma, que fue trágica anécdota con inevitables consecuencias —mediatas, a través de la figura del nuevo tlacatecuhtli, Cuitlahuac, sin resolución histórica debido a su pronto fallecimiento— en los hechos bélicos posteriores afrontados por las dos fuerzas que en el escenario novoespañol acabaron por definirse.

Sin ambajes, llama Bernal Díaz «huida» al retroceso español de la Noche Triste<sup>39</sup>. La contraofensiva azteca fue completa y frontal, típica del combate primitivo. Cuando estudia la artillería en la conquista de México, Jorge Vigón observa que «atacaban los indios ciegos y en masas enormes, lo que hacía fácil el

<sup>38</sup> Paul Herrmann, *op. cit.*, tomo 2, p. 191.

<sup>39</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, cap. CXXVIII. El término es usado en la presentación y se repite numerosas veces.

empleo de las armas de fuego»<sup>40</sup>; verdad era, que Cortés y Bernal Díaz comentaron en repetidas ocasiones. Mas, en el reducido espacio tenochca, las sucesivas y multitudinarias acometidas de los mexicas neutralizaban la acción de la tormentaria y también de la caballería. Se impuso la fuerza del número sobre las nulas posibilidades de maniobra de los españoles, y Cortés, viendo a sus hombres desbaratados, optó por la retirada, que al ser descubierta se trocó en atropellada fuga.

En tierra firme, aflojaron los aztecas su presión, no explotando el éxito logrado. Salvó a la hueste cortesiana el primitivismo guerrero de sus oponentes, para quienes la batalla se basaba en el choque masivo a fin de provocar la huida del adversario. Tal colisión era feroz, pero anárquica, porque no consistía en la maniobra de grupos ordenados, sino en la suma de ímpetus personales, así que tras cada triunfo parcial tenían que reorganizarse antes de reñir con el enemigo en retroceso una nueva batalla frontal.

Esta deficiencia táctica permitió a Cortés transformar la caótica huida en retirada estratégica: tuvo incluso tiempo de hacer recuento de efectivos, encontrando «que le faltaban más de seiscientos hombres»<sup>41</sup>, entre ellos uno de sus mejores capitanes, Juan Velázquez de León, quien fue de los muchos que, afines al gobernador de Cuba en los primeros momentos de la aventura novoespañola, se integraron después con entusiasmo a la dirección cortesiana.

Perturbaron los mexicas el recorrido de la hueste, que desde Tacuba rodeó la laguna por el norte para buscar el amparo de Tlaxcala. Pero los ataques que desarrollaron fueron discontinuos, más propios de una partida irregular que de un ejército dispuesto a rematar la victoria, aspiración que tomó cuerpo en Otumba, donde, reorganizados, decidieron los aztecas por segunda y definitiva vez presentar batalla a los españoles.

De este encuentro, tenido tradicionalmente por trascendental, he comparado los testimonios de Cortés y de su soldado-cronista Bernal Díaz<sup>42</sup>: mientras el segundo lo narra pormeno-

---

<sup>40</sup> Jorge Vigón, *Historia de la Artillería española*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Jerónimo Zurita, Madrid, 1947, tomo I, página 474.

<sup>41</sup> Mario Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, tomo II, p. 74.

<sup>42</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, cap. CXXXVIII; Hernán Cortés, *op. cit.*, pp. 85-86.

rizadamente, incluyendo en su relato elogios al genio de su capitán, éste lo describe como una refriega más de aquellos azarosos días, resuelta con buena fortuna para las armas españolas. La explicación de esta aparente discordancia reside en los diferentes escalones estratégicos en que hay que situar a Cortés y a su subordinado. Para éste fue la de Otumba una victoria decisiva, que, lograda en dramáticas circunstancias, elevó su moral y la de los compañeros de su mismo nivel de responsabilidad; para aquél, no fue más que un obstáculo parcial, cuya superación le franqueaba el camino al objetivo estratégico que anhelaba alcanzar: Tlaxcala.

Conocer Cortés del mudable comportamiento de los indios, dudaba de que el recibimiento que le dispensaran los tlaxcaltecas fuera el que él deseaba. Quebrantada y diezmada la orgullosa hueste que durante ocho meses había señoreado Tnochtitlán, entregábase en aquellos momentos a la protección de sus aliados. ¿Cómo recibirían éstos a los derrotados españoles? Sin duda, esta pregunta ocupó los pensamientos de Cortés durante todo el tiempo que duró aquel repliegue.

La coalición hispano-tlaxcalteca se mantuvo. Expondrá el capitán español a Carlos I que los indios amigos «me ayudarían hasta morir para satisfacerme del daño que aquéllos me habían hecho, porque, demás de les obligar a ello ser vasallos de vuestra alteza, se dolían de muchos hijos y hermanos que en mi compañía les habían muerto, y de otras muchas injurias que en los tiempos pasados dellos habían recibido, y que tuviese por cierto que me serían muy ciertos y verdaderos amigos hasta la muerte»<sup>43</sup>.

Con excepción de la referencia al vasallaje aceptado por las gentes de Tlaxcala, de esta exposición cortesiana, que me parece muy ajustada a la realidad del momento en que fue escrita, se deduce que la belicosa actitud antimexica de aquéllas se fundamentaba en las «injurias pasadas», y especialmente en los «hijos y hermanos muertos» durante las últimas jornadas. Si tenemos en cuenta que un miedo supersticioso habría, meses más tarde, de abatir el ímpetu combativo de los tlaxcaltecas muy pocos días antes de la definitiva caída de Tenochtitlán, podemos argüir que los acuerdos de amistad establecidos entre

---

<sup>43</sup> Hernán Cortés, *op. cit.*, p. 86.

Cortés y aquéllos subsistieron en medio de tan penosas circunstancias gracias a los reavivados deseos de venganza de los ancestrales amigos de los tenochcas.

La estación de acogida y socorro que, después de la «Noche Triste», constituyó Tlaxcala para los españoles, se transformaría en la gran base logística que alimentó el cerco de Tenochtitlan. Se perdió el último tramo del eje estratégico diseñado por Cortés, mas la porción que tenía en Tlaxcala y Veracruz sus puntos de apoyo pudo demostrar su solidez.

Las fuerzas aliadas habían sufrido una importante derrota táctica. Pero la escasa ambición estratégica exhibida por los mexicas dejaba las cosas en este nivel operativo como lo estaban en el tiempo inmediatamente anterior a la primera entrada española en la ciudad de la laguna. *Hernán Cortés se disponía a recuperar la iniciativa estratégica para culminar un proyecto político de trascendencia universal.*

### 3. LA RECONQUISTA DE MÉXICO

#### 3.1. *La hermandad de armas novoespañola*

Tras la llegada de Cortés y sus hombres a Tlaxcala, el 7 de julio de 1520, comenzó una nueva etapa en la confrontación que había convulsionado al Anahuac. La enfermedad mortal de Cuicatlahuac, el sucesor de Montezuma, provocó una crisis política entre los aztecas, que no se resolvió hasta diciembre, cuando, fallecido el tlacatecuhtli, fue Guatemoz (utilizo el nombre castellanizado que le aplica Bernal Díaz) elevado al máximo rango mexica.

Esta circunstancia es de interés, pues influyó en las operaciones, positivamente para Cortés y negativamente para sus oponentes. Estos, inadaptados para la guerra moderna, en aquellos meses decisivos sólo procuraron restablecer su antiguo poderío recurriendo a los mismos modos que utilizaban para someter rebeldías puntuales y desobediencias localizadas. No valoraron cualitativamente el factor enemigo, y, en consecuencia, la subversión de sello cortesiano pudo madurar hacia la insurgencia total.

La exploración de castigo, el merodeo intimidatorio, la instalación de tropas en poblaciones especialmente sumisas, eran métodos usados por el militarismo mexicano para mantener el predominio de Tenochtitlan, basado en la decisión política de que tal hegemonía se enfrentaba al resto de los pueblos del Anahuac. Estos, en su totalidad, eran para los aztecas enemigos potenciales. El ámbito mexicano precortesiano era un mundo sin pactos, o, lo que es peor, de alianzas efímeras, siempre traicionadas o rotas, fundamentadas en el temor o en el odio, y propiciadoras, en consecuencia, de un recelo generalizado y plural, que fue importante componente de los comportamientos indígenas hasta la llegada de los españoles.

En este sentido, Cortés se comportó como un gran innovador. Poseía sólidos conocimientos jurídicos además de experiencia india —como consecuencia de su paso por Cuba y La Española— e ideales religiosos y caballerescos, ingredientes estos últimos del bagaje moral del «hombre de frontera»<sup>44</sup> —con un pie en la Edad Media de la Reconquista cristiana y otro en la Moderna del humanismo liberalista— que ve Morales Padrón en todo conquistador de América. Era, por último, característica de la personalidad de Cortés su sobresaliente capacidad para generar lealtades, como reconoce Bernal Díaz, que en su crónica representa al «nosotros»<sup>45</sup> de la Conquista. El bronco vigor azteca quedó, pues, neutralizado por la acción psicológica del caudillo español, quien supo convertir en proyecto estratégico la insurrección larvada que existía en el seno de la confederación mexicana.

Con gran sentido político, Cortés fue configurando una «coalición amplificable», que comenzó por propiciar la armonía entre tlaxcaltecas, cempoaleses y cholultecas, y aseguró el buen orden en la zona liberada de la influencia azteca. Es decir, los españoles promovieron «pactos constructivos» hacia la unión de esfuerzos, en tanto que la política tenochca procuraba el predominio de la sociedad lacustre mediante el mantenimiento de la división entre los sojuzgados, bien por medio de la presión militar directa, del pacto de agresión contra un tercero o de la alimentación de las rencillas intertribales. Los aztecas habían

---

<sup>44</sup> Francisco Morales Padrón, *Los conquistadores de América*, Espasa-Calpe, S. A., Colección Austral, Madrid, 1974, p. 64.

<sup>45</sup> Francisco Morales Padrón, *op. cit.*, p. 78.

dominado «en negativo» el Anahuac. Cortés ofreció un dominio español «en positivo», liberador, unionista, organizador. En la mente del conquistador hubo un México-nación, concepto del todo desconocido para los mexicas, incluidos sus más esclarecidos dirigentes.

La primera hermandad de armas indohispana que se constituyó en América fue, como hemos visto, con ocasión de la segunda entrada de Cortés en Tenochtitlan. En su primera acción de guerra quedó diezmada y desbaratada, pese a lo cual la coalición entre españoles y tlaxcaltecas subsistió. Pilar de ella, como anteriormente he razonado, fue la enemistad de éstos hacia sus tradicionales adversarios, que aquél encuadró —y así lo manifestó al emperador— en su proyecto político hispanizante. Inquebrantada esta unión inicial, se generó un proceso, completado en breve tiempo, aliancista contra el poder mexica: partidas españolas dirigieron durante una campaña ofensiva, en la que se evitó la obsesión por Tenochtitlan —objetivo final al que Cortés, con buen criterio, decidió llegar tras la consolidada ocupación de objetivos parciales—, acciones insurgentes que fueron reduciendo el territorio bajo dominio azteca y potenciando bélicas cooperaciones indígenas contra el grupo tribal cuya prepotencia había que reducir. Antes de que se formalizase el cerco definitivo a Tenochtitlan, la autoridad de Cortés sobre todo aquel ámbito indiano era absoluta, hasta el punto de que «venían ante él pleitos de indios de lejanas tierras, en especial sobre cosas de cacicazgos y señoríos»<sup>46</sup>. Si para entonces ya influía y decidía en lo político, es evidente que contó en el plano militar con la colaboración de las fuerzas indígenas. Estas, constituidas antes por masas mal organizadas de guerreros primitivos, pasaron a formar parte de un auténtico ejército combinado, el cual fue el primer ejército verdaderamente mexicano.

### 3.2. *Mutación en la estrategia cortesiana*

Los temores de Cortés subsiguientes al descalabro de la Noche Triste fueron por éste descritos en su Segunda Carta de Relación al emperador. Tras encontrar acogida y reposo en Tlax-

---

<sup>46</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo A, p. 501.

cala, sus preocupaciones se orientaron hacia Veracruz, comprobando que la ciudad se mantenía bajo dominio español y que sus comunicaciones con Tlaxcala se efectuaban sin problemas. El eje estratégico cortesiano permanecía dentro de la «zona liberada». Después de adquirir y valorar esta información, Cortés emitió su definitiva decisión, desoyendo con ella no pocos consejos, según los cuales convenía retroceder sobre la ciudad costera para hacerse fuertes en ésta y asegurar, en último extremo, una eventual retirada.

Optó Cortés, acertadamente, por la actitud ofensiva: conocía ya el terreno donde habían de desarrollarse las futuras operaciones; sabía cómo era el enemigo y cuáles las posibilidades de éste más allá del mero plano táctico, pues permitió que permaneciese en poder de los españoles el vector Veracruz-Tlaxcala, el cual seguía amenazando a Tenochtitlan; en cuanto a los medios humanos propios, encuadrando decididamente a los aliados, podían llegar a ser numéricamente importantes, superiores incluso a los disponibles por los aztecas. Así que se decidió por el ataque, y justificó por escrito tal determinación: «E yo, viendo que mostrar a los naturales poco ánimo, en especial a nuestros amigos, era causa de más aína dejarnos y ser contra nosotros, acordándome que siempre a los osados ayuda la fortuna y que éramos cristianos, y confianza en la grandísima bondad y misericordia de Dios, que no permitiría que del todo pereciésemos y se perdiese tanta y tan noble tierra como para vuestra majestad estaba pacífica y en punto a se pacificar, ni se dejase de hacer tan gran servicio como se hacía e continuar la guerra, por cuya causa se había de seguir la pacificación de la tierra, como antes estaba, me determiné de por ninguna manera de bajar los puertos hacia la mar»<sup>47</sup>.

En esta comunicación al emperador alude Cortés, con reiteración, a «la paz que antes reinaba en el territorio a pacificar». No le preocupaban, obviamente, presuntas bonanzas precortesianas, sino la paz que él concibió, a través de la cesión de soberanía, que abría un proyecto político al que en modo alguno estaba dispuesto a renunciar. Desde un punto de vista jurídico que se aprestaba a resolver bélicamente, la toma de Tenochtitlan adoptaba para el conquistador forma de «reconquista». No le

---

<sup>47</sup> Hernán Cortés, *op. cit.*, p. 87.

faltaba razón: México, por dimisión de Montezuma, ya había estado en su poder.

La guerra estaba, pues, plenamente justificada, y con ella la estrategia a utilizar: «Me determinaba de por todas partes que pudiese volver sobre los enemigos y ofenderlos por cuantas vías a mí fuese posible»<sup>48</sup>. Cortés elige para comenzar, mientras va creciendo su libertad de acción, el modelo de «aproximación indirecta», al que se ajusta ortodoxamente, buscando «la resolución favorable del conflicto (incluso sin declarar formalmente la guerra en un principio), por la discreta combinación de amenazas directas, de presiones indirectas y de acciones en fuerza muy limitadas»<sup>49</sup>, tras las que, una y otra vez, hace a Guatemoz propuestas de paz.

En dirección contraria a los esfuerzos tácticos cortesianos, desarrollábanse los logísticos, siempre sobre la línea penetrante Veracruz-Tlaxcala, convertida en palanca de la proyección aliada. Cuando se prolongó hasta Chalco, Tlaxcala actuó como fulcro de ella. Esta ciudad fue, cabalmente, la gran dinamizadora de la conquista de México. Se constituyó en colector de bastimentos y recursos humanos; en ella se fabricaron lanzas, saetas y bolaños, y la escuadra de trece bergantines que tan eficazmente cooperó en el asalto final a la capital de los aztecas. Fue refugio de heridos y estación de tránsito en las comunicaciones con Veracruz. A ésta iban llegando expediciones cubanas enviadas por Velázquez, que Cortés, usando de su capacidad persuasoria, incorporaba a sus efectivos. Del enclave costero partían, asimismo, expediciones con finalidad logística (viajes a Jamaica y La Española para comprar caballos y tiros), e incluso política, como el envío de Diego de Ordás y Alonso de Mendoza a España con la Segunda Carta de Relación, en la que se propone al emperador el nombre de Nueva España para el territorio en trance de ser conquistado: «... me pareció que el más conveniente nombre para el de esta tierra era el de la Nueva España del Mar Océano; y así, en nombre de vuestra majestad se le puso aqueste nombre. Humildemente suplico a vuestra alteza lo tenga por bien y mande que se nombre así»<sup>50</sup>.

---

<sup>48</sup> Hernán Cortés, *op. cit.*, p. 87.

<sup>49</sup> Miguel Alonso Baquer, *op. cit.*, pp. 113-114.

<sup>50</sup> Hernán Cortés, *op. cit.*, p. 94.

La estrategia de aproximación indirecta de Cortés fue alcanzando uno por uno los objetivos parciales cuya ocupación aconsejaba el eficaz servicio de información de los indígenas adictos a los españoles: Tepeaca, Guacachula, Guasucingo, Ocupatuyo, Izzucan, Guajocingo, Castoaca, jalonaban el avance aliado y materializaban el irremisible declinar de la hegemonía mexicana. Y para demostrar que esta progresión del Cortés-estratega no había de tener retorno, el Cortés-político realiza la segunda fundación urbana novoespañola, en plena zona recientemente independizada del poder azteca: Segura de la Frontera, donde establece su real por algún tiempo y firma, el 30 de octubre de 1520, su segunda Carta de Relación.

El último día de dicho año fue ocupada sin lucha la ciudad de Texcoco, con lo que la fuerza aliada alcanzaba la laguna. Jornadas más tarde, Gonzalo de Sandoval sometía a Chalco, «punto clave, por estar situado en la encrucijada entre Texcoco y Tlaxcala»<sup>51</sup>. Con la caída de Iztapalapan muy poco después, lo que ocurrió tras dura batalla, toda la ribera oriental de la laguna mexicana vino a quedar en poder de los sitiadores. Para Mario Hernández-Sánchez Barba, toda esta última fase de la campaña cortesiana estuvo inspirada en «la estrategia de Fernando el Católico manifiesta en la conquista de Granda»; como el de éste, el propósito de Cortés «era dejar completamente aislada la ciudad para, una vez conseguido esto, lanzarse al asalto»<sup>52</sup>. Ciertamente, hay un paralelismo operacional entre ambas guerras, que se desarrollaron, por otra parte, en escenarios semejantes, fragosos y compartimentados. El objetivo final, tanto de la una como de la otra, era una ciudad inexpugnable. No es extraña, pues, la analogía que se observa entre la campaña peninsular y la indiana.

El cerco a Tenochtitlan se formalizó tras un bélico recorrido en torno a la laguna: «Huaxtepec, Hiutepec, Yautepec, Cuauhnauac, Xochimilco, Coyoacan, Tacuba, fueron los principales escenarios de una algarada permanente que duró diecisiete días y que sustrajo todas estas ciudades y regiones de la alianza con los tenochcas»<sup>53</sup>. La orgullosa capital de la laguna había quedado definitivamente aislada. Guatemoz, su tlacatecuhtli, después

<sup>51</sup> Mario Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, tomo II, p. 76.

<sup>52</sup> Mario Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, tomo II, p. 76.

<sup>53</sup> Mario Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, tomo II, p. 76.

de reunir consejo para decidir entre resistir o pedir paz, y puesto que éste se inclinó por la primera opción, se aprestó a la defensa, que fue verdaderamente numantina.

Los dos adversarios se entregaron a la práctica de la estrategia definitiva: la de «guerra total, en busca de la resolución inmediata del conflicto y la rendición incondicional del adversario»<sup>54</sup>.

### 3.3. *Cerco y caída de Tenochtitlan*

Recordando la expedición espiral realizada por los españoles para materializar el aislamiento de la capital tenochca, cuenta Bernal Díaz «cómo Cortés y todos nosotros estábamos mirando desde Tacuba el gran cu del ídolo Huichilobos, y el Tatelulco y los aposentos donde solíamos estar, y mirábamos toda la ciudad, y los puentes y calzadas por donde salimos huyendo; y en este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza...»<sup>55</sup>. Intentaron consolar los soldados a su capitán, y éste les contestó «que ya veían cuántas veces había enviado a México a rogarles con la paz, y que la tristeza no la tenía por una sola cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos habíamos de ver hasta tornarla a señorear, y que con la ayuda de Dios presto lo pondríamos por la obra»<sup>56</sup>.

Era Cortés más partidario de la negociación que de la maniobra, y de ésta más que del choque. En él estaba el político por encima del estratega, y el estratega antes que el guerrero de la lucha próxima. Hubiese deseado una capitulación mexicana menos heroica —lo fue para él y sus hombres y para los enconados defensores de Tenochtitlan—, pero más práctica. Sentía por la ciudad «tanta atracción como férvida admiración»<sup>57</sup>, y, por consiguiente, la idea de una guerra irremediablemente larga y encarnizada, reñida en un medio urbano y anfibia (dos características que dificultan extraordinariamente las posibilidades de maniobra), era algo hacia lo que sentía lógica renuencia. Habría gran mortandad y destrucción y existía el peligro de

<sup>54</sup> Miguel Alonso Baquer, *op. cit.*, p. 114.

<sup>55</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo B, pp. 38-39.

<sup>56</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo B, p. 39.

<sup>57</sup> Mario Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, tomo II, p. 75.

epidemias clásico de los asedios, el cual podía producirse tanto en el bando sitiado como en el sitiador. De ocurrir tal evento, todos sus esfuerzos quedarían arruinados. Evidentemente, como hombre prudente y cultivado que era, Cortés sabía que con la tremenda batalla de desgaste que se veía obligado a aceptar asumía un cúmulo de riesgos directos e indirectos, inevitables unos y productos otros del azar.

Con el sitio de Tenochtitlán, por parte de Cortés, el juego de la estrategia desaparece. Practica una «guerra total» que no es iniciativa suya, sino del enemigo: fue Guatemoz quien eligió «defenderse hasta morir», y es en el caudillo azteca en quien debemos ver visión estratégica —toda la que tuvieron los mexicas anteriormente— durante esta fase resolutive del conflicto. Entendió claramente que el gran sostén moral de la coalición que se le enfrentaba lo constituía la fuerza española: «ochenta y cuatro de a caballo y seiscientos cincuenta soldados de espada y rodela; e muchos de lanzas, e ciento y noventa y cuatro ballesteros y escopeteros»<sup>58</sup>, recuerda Bernal Díaz aludiendo al alarde previo a la batalla. Era, evidentemente, una fuerza exigua, a pesar de esas «muchas lanzas» atisbadas por el cronista. Estos efectivos, además, tuvieron que dividirse en cuatro capitanías —Sandoval, Olid, Alvarado y Cortés—, que habían de conquistar las calzadas de acceso a la ciudad, y una buena parte de ellos se distribuyeron entre los bergantines. Proporciona Bernal Díaz una buena relación de este reparto, dando una correcta idea del inevitable e intenso fraccionamiento de los españoles. Por otra parte, éstos siempre actuaron en vanguardia, arrojando los mayores peligros. La consecuencia inmediata de esta distribución de esfuerzos era que si las bajas hispanas excedían de un determinado límite, fracasaría la operación. Fue, pues, preciso luchar con extremada cautela, ganando las calzadas metro a metro y asegurando siempre la retaguardia mediante el cegamiento de los puentes. Guatemoz dirigió el esfuerzo de la lucha contra los españoles, sabedor de que en el número estaba la gran vulnerabilidad de éstos.

En la laguna, los bergantines cumplieron dos importantes misiones: servir de puestos de tiro avanzados y lograr el dominio del medio acuático, lo que no fue fácil, ya que los aztecas,

---

<sup>58</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo B, p. 76.

conocedores de las diferencias de profundidad de aquélla, ponían trampas en los puntos adecuados, inmovilizando en más de una ocasión a los barcos, sobre los que se lanzaban desde sus canoas al asalto. Se puede afirmar que hubo en el sitio de Tenochtitlan una verdadera guerra naval, y que la superioridad en la laguna influyó decisivamente en el desenlace del conflicto. El desarrollo de éste exigió de los bergantines una prestación que resultó de extraordinaria utilidad: resguardar, apoyándose contra las calzadas, los flancos de las columnas españolas, cubriéndolos así del ataque desde las canoas indígenas, y facilitando la labor zapadora de los que, en un nivel bélico menos heroico pero igualmente sacrificado, iban cegando los puentes trocándolos en diques y compartimentando la laguna, para anular la maniobrabilidad de las embarcaciones indias.

En las postrimerías del asedio, la acometividad azteca se trocó en auténtica ferocidad: coincidiendo con el aniversario de la Noche Triste, en un enérgico contraataque los mexicas capturaron vivos a sesenta y dos españoles. Fue el tremendo tributo que pagó Cortés a la impaciencia; se lo reprueba Bernal Díaz al comentar «el gran peligro en que nos vimos por su causa»<sup>58</sup>. Posteriormente, los soldados fueron sacrificados en el altar de Huitzilopochtli a la vista de sus compañeros, que hubieron de presenciar impotentes el terrible ritual, efectuado con medida parsimonia a lo largo de varios días. El efecto moral de este desbarate fue demoledor: convirtiéndose el hombre, para los aztecas, en directo objetivo estratégico. Para los españoles, la posibilidad de ser capturados por sus adversarios fue una pesadilla que Bernal Díaz recuerda con espanto: «... no estábamos lejos dellos y no les podíamos remediar, y antes rogábamos a Dios que fuese servido de nos guardar de tan cruelísima muerte. Pues en aquel instante que hacían aquel sacrificio, vinieron sobre nosotros grandes escuadrones de guerreros, y nos daban por todas partes bien que hacer, que ni nos podíamos valer, de una manera ni de otra, contra ellos, y nos decían: «Mirad que desta manera habeis de morir todos, que nuestros dioses nos lo han prometido muchas veces»<sup>59</sup>. Junto a la guerra total, practicó Guatemoz la subversión, propalando la captura y muerte de los capitanes españoles, lo que produjo alarma y desaliento en

---

<sup>58</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo B, p. 87.

los combatientes de las diversas columnas durante el tiempo que se tardó en comprobar la falsedad de tales noticias. Por último, difundió entre los indios aliados de Cortés un terrible horóscopo: como el Sol y la estrella de Quetzalcoatl —Venus— van a entrar en conjunción, el lucero vespertino dejará de ser visible. Ello implicará la extrema vulnerabilidad —y por lo tanto la derrota— de los extranjeros. Este último esfuerzo subversivo tuvo el efecto deseado. Lo comenta expresivamente Paul Herrmann: «También las tropas indias auxiliares de los españoles tienen sus astrólogos, y las deducciones de éstos coinciden con las de sus colegas aztecas. De la noche a la mañana los cobrizos deponen las armas y desaparecen en las montañas»<sup>60</sup>. Atravesaron los españoles una breve pero crítica situación que Bernal Díaz sintetiza cuando explica «de la manera que peleábamos; y se nos fueron todos los amigos a sus pueblos»<sup>61</sup>.

Inercialmente aguantó la hueste cortesiana estas últimas acometidas físicas y morales. Paralelamente, el derrumbamiento humano y material de Tenochtitlan era total. La resistencia hispana contradecía los negros oráculos, y los aliados huidos retornaron al combate. «El 13 de agosto lanzó Cortés el último ataque de aquel sitio, que había durado tres meses y medio. Ese mismo día fue hecho prisionero Cuauhtemoc. Quedó consumada la conquista de Tenochtitlan e inmediatamente inició Cortés la organización, y por supuesto los planes para extender su dominio»<sup>62</sup>.

Pero esta es ya otra historia, porque aquí termina el Cortés-estratega para dar paso al Cortés-estadista.

Fue Clausewitz quien escribió que «sólo aquel que realice grandes hechos con medios pequeños habrá alcanzado la meta en forma triunfante»<sup>63</sup>. Ignoro si al emitir tal sentencia pensó el tratadista en algún arquetipo de la misma. Más de un personaje histórico puede, sin duda, inscribirse en ella. Si se estableciera tal nómina, por merecimientos, el nombre del capitán general don Hernán Cortés, marqués del Valle, habría de figurar en sitio destacado con el mejor de los derechos.

<sup>60</sup> Paul Herrmann, *op. cit.*, tomo 2, p. 199.

<sup>61</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, tomo B, p. 89.

<sup>62</sup> Mario Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, tomo II, p. 77.

<sup>63</sup> Karl von Clausewitz, *De la guerra*, Editorial Labor, Barcelona, 1976, página 313.

#### 4. REPRESENTACIÓN GRÁFICA: DECISIONES CRUZADAS

Poniendo a Cortés como primer ejemplo, afirma Morales Padrón que «el legalismo es nota de todo español»<sup>64</sup>. Esta característica es sin duda la gran inspiradora de las Cartas de Relación del conquistador de México, que necesitaba justificar ante el emperador determinadas decisiones que entraban en el campo de lo heterodoxo.

Este legalismo cortesiano, pormenorizador, acabó por ser el arranque del completo relato de aquella gesta indiana: el caudillo que la protagonizó ha ido dando puntual cuenta a la posteridad del cuándo y del porqué de todas sus determinaciones. En América entera, y por tanto en el ámbito mexicana, «los que contemplaban el advenimiento europeo se asomaban a los bordes de un continente primitivo, llevando una forma de vida antihistórica. Ignoraban la gran evolución espiritual y técnica que se les echaba encima inesperadamente»<sup>65</sup>. Esta evidencia, inevitablemente, implicó paralizadora sorpresa e indecisión, ya que aquella América se hallaba «envuelta todavía en la Edad Mítica, rodeada de demonios, poblada de hombres que aún no se han elevado al ser mismo»<sup>66</sup>.

Hubo, pues, en el momento en que los españoles pisaron resueltamente suelo mexicano dos actitudes contrapuestas: una, la de ellos, representada por Cortés, se concretó en el avance decidido espoleado por la confianza y la curiosidad; otra, la de los forzados anfitriones, de la que Montezuma es prototipo, se resolvió en inicial pasividad provocada por un miedo religioso.

Este es el momento inicial de la representación gráfica —«Las decisiones cruzadas»— que aparece en la figura 2, dentro del «Área de las decisiones» (nivel temporal «A»), en la que a una decisión principal e inicial de Cortés, como es la fundación de Veracruz (hay que considerar a cada acontecimiento del gráfico, inmerso en un lapso caracterizado por sucesos del mismo signo: así, en vez de la fundación de Veracruz, podríamos situar en dicho nivel «A» la batalla de Tabasco, o la inutilización de la flota cortesiana), se opone, en el sector de las decisiones secundarias, el estupor inmovilizante de Montezuma y su corte, que

<sup>64</sup> Francisco Morales Padrón, *op. cit.*, p. 89.

<sup>65</sup> Francisco Morales Padrón, *op. cit.*, p. 145.

<sup>66</sup> Francisco Morales Padrón, *op. cit.*, p. 146.

en el plano dinámico se resuelve en embajadas de carácter informativo.

Sigue en la figura el nivel «B», representado en el bando de Cortés por la victoria sobre los tlaxcaltecas y el posterior pacto con ellos, y en el de Montezuma por la emboscada fallida de Cholula. Progresan, triunfantes, los españoles hacia Tenochtitlan, y su determinación se mantiene en el campo de las «principales», más próxima a las decisiones «secundarias» aztecas, por dos razones: primera, porque éstos han intentado llevar a cabo alguna acción de carácter operativo, y segunda, porque aquéllos se encaminan hacia la capital mexicana, que no es espacio sino punto, donde la maniobra, por tanto, no es posible.

El encuentro físico entre Cortés y Montezuma (nivel «C») es una etapa de cruce de decisiones, y consecuentemente, de expectación. Para ambos dirigentes, que están estratégicamente confusos, el momento culminante de este período es la transferencia de soberanía. Mas lo verdaderamente importante ocurre parsimoniosamente por debajo del plano donde se hallan situados: los aztecas perciben la humana naturaleza de sus visitantes, y el ensayo ofensivo de Veracruz es el primer episodio en el trueque de la iniciativa.

En el nivel «D», las decisiones principales son adoptadas por el tlacatecuhtli, quien combina, en el mejor momento de su estrategia subversiva, la connivencia con Narváez y la conjura mexicana. El golpe cortesiano en el real de Narváez puede ofrecer la impresión de que el capitán español se mantiene firmemente en su línea ofensiva inicial. La realidad es que Cortés, con su entrada en Tenochtitlan, ha perdido la iniciativa. Maniobrando defensivamente por líneas interiores, ha logrado un éxito táctico, mientras en la capital azteca, levantada contra Alvarado, se fragua su revés estratégico de la Noche Triste (nivel «E»), donde se interrumpen las dos subversiones enfrentadas, y aparece un corto período de guerra total en el que la iniciativa es tenochca. La partida guerrillera de Cortés se ha convertido, con la aportación tlaxcalteca, en fuerza combinada, cuya primera operación ha terminado en derrota.

Mas, como ésta, en el orden estratégico, no se consuma, la hueste española alcanza Tlaxcala (nivel «F») tras el choque de Otumba, de neutro resultado táctico, pero importante al representar el último esfuerzo de la presión azteca. A partir de este



momento, y tras la definitiva fijación de los dominios territoriales de los adversarios en presencia (nivel «G»), toma Cortés irreversiblemente la ofensiva, y tras una minuciosa operación de cerco (nivel «H») ajustada a la estrategia de aproximación indirecta (es decir, contemplando la posibilidad de concertar con el nuevo tlacatecuhtli, Guatemoz, la paz, sin llegar a la guerra total), sitia y conquista Tenochtitlan. La última decisión (defensa a toda costa) es, lógicamente, iniciativa de Guatemoz, pero como consecuencia del total retroceso estratégico mexicana ante el avance de las fuerzas aliadas. Por ello, en el gráfico (nivel «I») aparece aquélla en el campo de las secundarias.

En la conquista de México se enfrentaron —y se encontraron— dos culturas, dos espiritualidades, dos modos de entender la vida. Se enfrentaron también dos caudillos cuyas facultades racionales buscaron afanosamente la victoria final. Los cruces que experimentan sus decisiones definen un esquema lógico, dotado de una doble simetría temporal. Es natural: eran hombres, y como tales se comportaron. La primera gran guerra de la Historia de América (lo anterior es prehistoria o protohistoria) se desarrolló bajo los dictados de la razón.